

Hiriendo al alma nacional

Es indudable que, al prevalecer el dictamen de la comisión que, entiendo en el proyecto de ley de asociaciones, se haría imposible la vida de las Ordenes religiosas en España. Hipocresía monstruosa supone el hecho de que en el preámbulo de dicho proyecto hagan profesión de catolicismo y digan que han pulsado los sentimientos y anhelos del país los que después llegan a conclusiones temerarias y opuestas al común sentir del pueblo español que ha una prueba evidente de su amor a las Ordenes religiosas, sosteniéndolas con su caridad y hasta confiándoles la educación de sus hijos; porque ese proyecto ataca a la esencia y a la constitución interna de los institutos religiosos y menoscaba la suprema autoridad de la Iglesia que es la única que puede legislar para reglamentar la vida espiritual de los seguidores de Cristo que no solamente cumplen los preceptos divinos, sino también los consejos evangélicos.

Intolerable sería la instrucción del poder civil para condicionar los votos religiosos sobre que se fundan toda la vida de estas instituciones amparadas por el derecho natural y el derecho positivo eclesiástico. Pues hasta ahí llega la presunción de esos señores firmantes del dictamen. Anticanónica resultaría la intervención de autoridades judiciales y gubernativas del orden civil en la constitución interior de las comunidades, sin respeto a la clausura sagrada cuyo quebrantamiento tiene sancionadas gravísimas censuras eclesiásticas; tampoco en esto han parado mientes los señores de la comisión. Más grave todavía, y con la circunstancia de que ya se adelantó el juicio del Soberano Pontífice, cuando, dirigiéndose al insigne Obispo de Vich, dice estas terminantes palabras: *Y a la verdad si, desentendiéndose del Romano Pontífice, el Gobierno de vuestra nación presumiese legislar en materia religiosa, a lo cual no se atreven ni los mismos príncipes no católicos, por este mismo hecho se separaría de su profesión de católico; más grave todavía es, repito, que estando vigente el Concordato que exige, en estos casos, negociaciones y acuerdo de ambas potestades, eclesiástica y civil, se legisle unilateralmente, con mengua de la incomparable soberanía espiritual del Sumo Pontífice; porque en este caso, según advierte oportunamente Pío X, quedaría excomulgado, ipso facto, el Gobierno de nuestra Nación.* Hasta ahí llega la temeridad de esa comisión compuesta por señores que se llaman católicos y que reconocen los sentimientos católicos de la mayoría del pueblo español.

Aún hay otra circunstancia importantísima que no puede olvidar el le-

gislator: la oportunidad de la ley. Se va a hacer imposible la vida de las Ordenes religiosas, cuando más necesarias son al pueblo, atendidas las circunstancias de la época. El jacobino gobierno francés ha tenido que pararse en sus desatentados avances antireligiosos, al verse en peligro de perder su influencia en Oriente sostenida por las misiones católicas y se ve obligado a buscar el apoyo de un pobre religioso español, el Padre Cervera, para afianzar su protectorado en Marruecos. La más poderosa nación del mundo moderno, los Estados Unidos, se declara impotente para contrarrestar la influencia de los religiosos españoles, en Filipinas, que conservan el alma española en el Archipiélago, con su lengua, su religión, sus costumbres, su civilización cada día más preponente; y lejos de combatirlos, les favorece y le a de honores, reconociendo la inmensa obra realizada por ellos, en favor de la humanidad. En España, la más poderosa palanca de la cultura nacional son las Ordenes religiosas; dígalos, sino el salvador movimiento católico social iniciado por ellas, para detener la marcha precipitada del pueblo hacia el abismo del caos anarquista; díganlo la predilección que demuestran todos incluso sus enemigos, por la enseñanza y educación científica y moral, en los Colegios dirigidos por religiosos; díganlo las revistas científicas, filosóficas y sociales dirigidas por religiosos y que honran a España, colocando su nombre, muy alto, en el concierto europeo; díganlo las lágrimas que enjugan, el hambre y sed que sacian, las deshonras que ocultan, los enfermos a quienes asisten, los males de todo género que remedian con el bálsamo de su inagotable caridad.

¿Qué razón hay para perseguir a estos bienhechores de la humanidad que abrazados a la cruz, hacen vida de sacrificio, sin más afanes que la satisfacción del bien hecho, ni otra recompensa que el Cielo? Si no existieran las Ordenes religiosas, sería preciso inventarlas para remediar los males de la humanidad. Es una aberración que solo puede inspirar el fanatismo sectario perseguir a estos seres heroicos en su caridad y altruismo, venerables por su virtud, admirables por su ciencia, y a quienes deben más el honor nacional que a todos los demás institutos humanos puramente civiles. Perseguir a las Ordenes religiosas es un crimen de lesa humanidad, de lesa religión y de lesa patria.

PETRONIO

CRISTO VIVE

Con semblante duro, repugnantes modos, los inquietos jefes de la ruin canalla decretaron fieros, coaligados todos, preparar los pueblos a la gran batalla

Resplandor siniestro iluminó los mundos blasfemaron ellos con rugir de infierno, se escaparon gritos de terror profundos por las hondas simas del oscuro averno.

Atronó los montes de fatal consigna resonando altivo el infernal acento; renovó el impío su intención maligna con rumor ingente que llevaba el viento.

Ni a Mahoma, Buda, ni a Confucio guerra, les declara el monstruo en su fatal empeño, y en armar batallas con ardor se aferra contra Cristo sólo, su señor y Dueño.

Con rencores fieros de traición nefanda, si el procaz al pronto se mostró indeciso, del Señor supremo que en los reyes manda escalar soberbio las mansiones quiso.

Del error blandiendo la infamante espada que rociado había con letal veneno, desgarró las carnes de su Esposa amada, promovió discordias en su mismo seno.

Le miré aterrado su conducta artera reprochando luego con dolor del alma, y tonantes voces por que bien lo oyera, contestóme al punto con sañuda calma:

«¿Por ventura has visto que jamás se adversario alguno ante rival que es muerto, que con un fantasma de verdad luchase y aceptara duelo de enemigo incierto...?»

Contra Cristo sólo, Redentor amante, de Luzbel la saña sin cesar revive, se revuelve el malo con furor constante combatiendo a Cristo... ¡uego Cristo vive...!

A. ALPARGUÉ Y BLANCO.

Aprended, impíos

¿Cuando se juntó en uno más medios, más poder, más armas, más política, más artes; más sabiduría humana, más planes, mas tesón y esfuerzos para matar al Catolicismo que desde 1789 acá? Esa Revolución horrenda, incendiaria y anárquica en grado máximo, astuta como el jansenismo, cruel como la insensibilidad, atea, apasionada como la falsa filosofía, hecha soberana de casi todo el mundo y entregada a su consejo y albedrío, se propuso ante todo y sobre todo destruir el Catolicismo ¿y qué ha conseguido con tanto poder durante este largo siglo de furioso combate? Destruirlo todo, esto es, todo lo humano, menos el Catolicismo que ha continuado creciendo y desarrollándose cada día con más pujanza y hermosura.

Epitafio a varias libertades entonado por Zozaya desde «El Liberal»:

«Libertad de comercio, es competencia impía y absorción del pequeño por el grande

«Libertad de trabajo, es explotación.

«Libertad de costumbres, es corrupción.

«Libertad de pensamiento, es argucia y mentira»

Ni una palabra más. A confesión de parte...

Patogenesia

Está visto que el porvenir es de los bacteriólogos y el mundo está dominado precisamente por lo que no se ve.

Esto, que en el orden religioso es una porogrullada, es también una verdad descosida, que no siempre hemos de llamarla inconcusa, en el orden social, en el político, aun en lo puramente material.

En el orden social domina lo que no se ve porque manda la intriga que vive en las tinieblas.

En el político idem de lienzo.

Y en el material dominan los microbios, seres que deben entrar muchos en libra ya que en una gota de agua, en una fibra de carne, en una pitirrata cualquiera, aúdan millares y los sobra espacio.

El mundo infinitamente pequeño no es menos admirable que el sol que nos calienta, que la luna que nos enfía, que las declaraciones de Canalejas que van a la ni frío ni calor.

Rara es la enfermedad que no es producida o no está sostenida por lo infinitamente pequeño, por esos bichos vulgo microbios, que bullen y se reproducen y acaban por comerse al individuo en cuestión, con su boquita infinitesimal.

¿Qué digo enfermedad? Hasta las manifestaciones del carácter son hijas del microbio, y para que este descubrimiento mío no nos lleve a un materialismo fatalista y desconsolador, puedo afirmar que estos microbios del carácter, característicos, son producidos por la voluntad.

Expliquémonos, para el rústico abatiendo el vuelo de tan encumbrada metafísica.

Como existe el microbio de la vejez, así también los hay del odio o del amor, que son repelentes y atrayentes, de la actividad, que son febrifugos y de la laxitud, que son holgazanes.

Estos últimos, más que microbios de la holganza, deben llamarse españoles, porque en esta tierra tienen su vida gracias al sol, a la humedad y a las voluntades enfermas.

¿Me explico?

Pertenecen al grupo de holgazanes los microbios sociológicos que viven no en el hombre sociable, sino en el social; es decir, en el que dice preocuparse por las cuestiones sociales y pasa la vida lamentando los males presentes, dándose importancia apostólica y sacando la barriga.

Estos, los hombres, no los microbios se reúnen y después de hablar unas cuantas vaciedades, acuerdan volverse a reunir para seguir acordando lo mismo.

Cuidan de que sus trabajos se publiquen en la prensa, y hablan a todas horas de ellos porque no sabrían hablar de otra cosa.

—Hay que fomentar la prensa católica, que es muro de contención para las ideas disolventes.